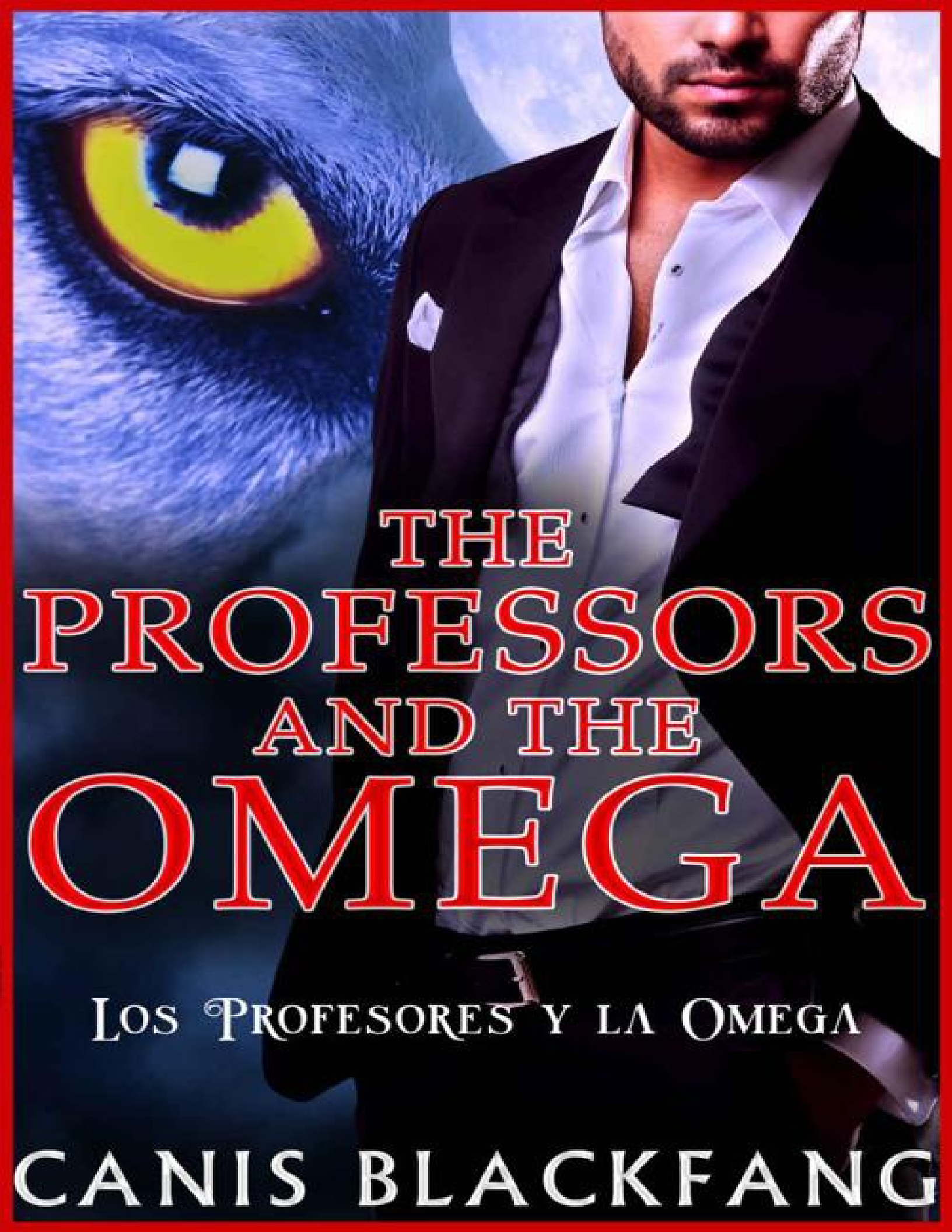

THE
PROFESSORS
AND THE
OMEGA
Los Profesores y la Omega
CANIS BLACKFANG

LOS PROFESORES Y LA OMEGA

Romanzo MM Gay Mutaforma Mpreg

LOS PROFESORES Y LA OMEGA

LIBRO I



CANIS BLACKFANG

Copyright© 2024 por Canis Blackfang. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso por escrito del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
¿Buscas más historias románticas gay?

Lee el primer capítulo de Corazón de Dragón Congelado
¡Suscríbete para recibir actualizaciones!
Also by Canis Blackfang

Capítulo Uno

A través de una neblina y bruma, Gabriel corría desnudo por el bosque perseguido por dos bestias sombrías. Oía sus pasos atronadores mientras se acercaban, en algún lugar en la distancia. Una luna amarilla brillaba en lo alto, colándose entre los delgados árboles blancos y proyectando sombras pronunciadas en el suelo cubierto de hojas.

Jadeaba, su corazón latía aceleradamente, y entonces, como todas las otras veces, lanzó un penetrante aullido a la luna. Era un aullido ensordecedor que resonaba por todo el bosque, y sintió una emocionante electricidad que crecía y se extendía por su cuerpo, comenzando desde su entrepierna y moviéndose hacia su corazón, extremidades y cerebro. Y entonces, justo como todas las otras veces, se transformó. Su rostro se estiró hasta formar un largo hocico, un pelaje blanco plateado cubrió su piel y dos orejas brotaron de la parte superior de su cabeza. Sin reducir la velocidad, se dejó caer a cuatro patas, corriendo sobre sus nuevas extremidades. Lo último siempre era su cola: explotaba justo encima de su ano, una cola blanca brillante y ondulante.

Era un lobo.

Oía a sus perseguidores acercándose. No tenía miedo, no, era todo lo contrario. Estaba eufórico, emocionado. Frenó en seco y dio media vuelta, su pene estaba completamente erecto y su ano temblaba, estaba listo. Sentía su fértil vientre dentro de él, anhelando ser llenado con la semilla de dos alfas. La semilla más fuerte lo dejaría preñado.

Con ojos agudos, vio las dos siluetas emergiendo de la espesura, corriendo a toda velocidad. Podía ver sus ojos dorados topacio brillando a la luz de la luna mientras se acercaban más y más. Ahora podía verlos, las sombras ya no los ocultaban, estarían sobre él en segundos; vio las hojas

siendo levantadas por sus pies mientras cargaban hacia él, y entonces saltaron y volaron por el aire y Gabriel vio sus penes de hombre lobo engordados y anudados, brillando con líquido preseminal, listos para penetrar su fértil ano omega y entonces...

—¡ARHH! —Gabriel se incorporó de golpe en la cama, soltando un grito sobresaltado. Estaba cubierto de sudor y su corazón latía aceleradamente.

—Mierda —dijo, temblando ligeramente. Otra noche con el sueño.

Su pene palpitaba y estaba duro como una roca, y sus pantalones de pijama estaban manchados con su propio semen.

Gabriel se levantó de la cama, quitándose la ropa mientras se dirigía al baño de su pequeño apartamento de estudio. Se salpicó la cara con un puñado de agua fría y luego se miró en el espejo, sus brillantes ojos color zafiro le devolvieron la mirada. Gabriel sabía exactamente lo que significaban los sueños: era la temporada de apareamiento. Los *alfas* estaban en celo, y él era un *omega*; su destino y propósito en la vida era llevar la camada de un alfa y propagar la especie.

Estaba fértil, había sentido el cambio durante semanas, y cuando los sueños comenzaron a llegar, supo que había sido elegido. Lo que le sorprendió fue que *dos* alfas aparecieran en sus sueños. Era una ocurrencia rara que un omega estuviera destinado a estar con dos alfas.

Gabriel suspiró, su ritmo cardíaco se estaba ralentizando y su respiración volvía a la normalidad. No habría forma de que pudiera volver a dormirse a estas alturas. Miró el reloj.

4:30 AM

—Maldita sea —se dijo a sí mismo, frotándose los ojos con el pulgar y el índice. Tenía un examen final hoy. Adiós a estar descansado y listo.

Fue a la cocina y puso la tetera para hacerse una taza de té. Gabriel había pasado los últimos años de su vida tratando de vivir completamente dentro del ámbito humano. Era parte de un largo linaje de cambiaformas lobos y sus padres, anticuados como eran, constantemente le recordaban su deber hacia su familia y su especie. "Había sido elegido", le decían.

Gabriel estaba harto de la tradición, del destino y el deber y toda esa mierda. No le veía sentido: ser un cambiaformas en esta era moderna no era nada parecido a lo que fue para sus abuelos o bisabuelos. Claro, la comunidad de cambiaformas que había elegido integrarse en la civilización humana moderna aún se reunía y funcionaba de manera clandestina, pero él aun así había ido a la escuela entre humanos. Se había criado con humanos, había crecido en la sociedad estadounidense y era lo que conocía. A la mierda la tradición, había pensado. Solo quería ser... normal. Y durante los últimos años, desde que se mudó de casa, finalmente había empezado a sentirse normal. Iba a la universidad, sacaba buenas notas, tenía un trabajo esperándolo después de graduarse, tenía una chica que le gustaba.

Pero estos sueños... nunca había experimentado nada parecido antes.

Gabriel fue sacado de sus pensamientos por el agudo silbido de la tetera.

Por el lado positivo, pensó mientras dejaba reposar su taza de té, *tendré unas horas extra para estudiar*.

Capítulo Dos

—¡Gabe!

Jack, el amigo de Gabriel, corrió para alcanzarlo mientras caminaba por el campus, con la mente aún en otra parte. Casi había chocado con tres personas mientras caminaba distraídamente hacia el edificio de ingeniería. No importaba lo que hiciera, no podía quitarse el sueño de la cabeza. Sentía un deseo doloroso en lo profundo de su ser que se hacía cada vez más fuerte, un recordatorio constante de quién era.

—¡Gabe! Tío, te he llamado como diez veces. ¿No me oíste?

—Oh, hola Jack. Lo siento, estaba pensando en algunas cosas.

—¡Joder, tío, tus ojos!

—¿Eh? —Gabriel se tocó la cara, cohibido.

—Tienes unas ojeras enormes, tío. ¿Cuánto tiempo estuviste estudiando anoche?

—Oh... hasta como las cinco de la mañana —dijo Gabriel, todavía no del todo presente.

—Jodeeer. Yo solo estudié una hora. Estoy jodido.

Se dirigieron hacia el edificio de ingeniería, una enorme pieza de arquitectura moderna compuesta de vidrio y hormigón expuesto. Los estudiantes se apresuraban, y los pasillos estaban llenos de gente sentada fuera de las aulas, con la cabeza enterrada en sus libros de texto para un último repaso.

Doblaron una esquina y caminaron por un pasillo que llevaba a su aula. El corazón de Gabriel dio un salto cuando una chica guapa de cabello rubio hasta los hombros dobló una esquina. Ella sonrió al verlo y le hizo un pequeño saludo con la mano.

—Hola, chicos —dijo mientras se acercaban a ella.

—Hola, Christine —dijo Gabriel, tratando de mantener la calma.

Cada vez que hablaba con ella tenía que hacer su mejor esfuerzo para no trabarse con las palabras o decir algo idiota. La había conocido en su primer año, y podía recordar exactamente el momento en que hablaron por primera vez. Ella se había inclinado hacia él durante un examen y le había dado un codazo en el brazo para pedirle una hoja de respuestas, y él accidentalmente había derribado la taza de café sobre su mesa por la sorpresa. Recordaba cómo los dos fueron al baño para conseguir toallas de papel para limpiarlo, y las presentaciones incómodas que se dieron mientras limpiaban juntos el café derramado. Hasta que conoció a Christine, Gabriel había empezado a pensar que, como cambiante, era incapaz de sentir atracción por las chicas humanas.

Los dos se sonrieron y, moviéndose torpemente, sus ojos evitaron un contacto prolongado. Jack miró de uno a otro.

—Um. Te veré en clase, Gabe —dijo y se apresuró a irse.

—Entonces, ¿eh, estás lista para este examen final? —preguntó Gabriel tontamente.

—Eso espero, estuve estudiando toda la noche.

—Yo también —dijo Gabriel—. Tengo equipaje. Ah, quiero decir, tengo bolsas. Bajo los ojos. —Señaló debajo de sus ojos y se pateó mentalmente por ser tan idiota.

Christine se rió y se acercó para mirar. —Oh, vaya, sí. Realmente te quedaste despierto hasta tarde, ¿verdad? Cielos, espero no tener ojeras.

—¡No las tienes! —dijo Gabe—. Tus ojos son perfectos. —Se pateó mentalmente de nuevo. Se sentía como un niño nervioso.

—Gracias, Gabe. Sabes, nunca me había fijado en lo intensamente azules que son tus ojos.

Ella miró fijamente sus ojos, y Gabriel no pudo evitar admirar lo hermosa que se veía. La campana del reloj sonó, indicando que había llegado a la hora en punto.

—¡Oh, mierda! —dijo Christine—. Será mejor que vayamos, la clase está empezando.

Los dos corrieron por el pasillo, deteniéndose de golpe frente a su aula. Christine alcanzó la manija de la puerta y se detuvo para leer un aviso oficial rosa que estaba pegado en la puerta.

—Profesor sustituto... —leyó en voz alta—. ¿Tenemos un profesor sustituto? No sabía que las universidades tenían profesores sustitutos.

—Tal vez solo estén aquí para darnos el examen —conjeturó Gabriel.

Christine abrió la puerta y ambos entraron al aula.

—... y este es Caleb, mi asistente. Ah —dijo el hombre al frente de la clase, volteando a mirarlos —. Justo a tiempo.

Gabriel se quedó paralizado. El tiempo pareció ralentizarse y detenerse mientras todo a su alrededor se desvanecía. Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho mientras sentía mariposas en el estómago.

Parecía que todo se había oscurecido excepto el profesor y su asistente, quienes miraban directamente a Gabriel.

Sus penetrantes ojos eran de un brillante topacio dorado.

—Mi nombre es Castor, estaré sustituyendo hoy. Por favor, tomen asiento rápidamente y podremos empezar con este examen final.

—Nos vemos después de clase —dijo Christine rápidamente—. Y buena suerte.

Gabriel solo pudo asentir. Tembloroso, encontró un pupitre y se sentó. Sentía ese ardiente deseo quemándole por dentro ahora. Apenas podía pensar en otra cosa que no fueran los dos hombres que estaban al frente de la clase.

Lo habían encontrado.

Capítulo Tres

Sus sueños atravesaban su mente, y se vio a sí mismo penetrado por dos miembros alfa anudados, empujando profundamente en su fértil vientre masculino. Podía sentirlos empujando dentro de él, y sintió un anhelo por su semilla, por ser llenado y preñado. Apretó los ojos e intentó sacudirse todo aquello, pero no pudo. Presionó sus manos contra su entrepierna para tratar de suprimir su creciente erección.

Caleb se acercó repartiendo los exámenes, y cuando llegó al pupitre de Gabriel se inclinó cerca de su oído.

—Quédate después de clase —susurró. Gabriel se volvió para mirar al hombre. Sus ojos azul hielo se encontraron con los dorados y ardientes del hombre, y vio un destello de los ojos del lobo de su sueño. Aunque el hombre era un completo desconocido, sintió una extraña cercanía con él. Su rostro parecía uno que conocía; era joven, no mucho mayor que Gabriel. Castor, el otro hombre, parecía un poco mayor que ambos. Los dos hombres exudaban la confianza y el porte de un macho alfa. Estaba nervioso, pero como en su sueño, no era un nerviosismo nacido del miedo, sino de la emoción.

El hombre colocó el examen sobre el pupitre y luego continuó, siguiendo repartiendo los exámenes a la clase. Gabriel bajó la mirada, pero el examen parecía un revoltijo borroso de letras y números. Todo en lo que podía pensar era en los dos alfas y en la lujuria salvaje que fluía por su cuerpo. Podía olerlos desde donde estaba sentado, su poderoso almizcle impregnaba toda la habitación, un aroma de feromonas que ningún humano notaría.

En ese momento sintió un deseo abrumador de ser satisfecho, como si su miembro fuera a

explotar por el deseo reprimido si no era complacido pronto. Se limpió la frente con una mano temblorosa, sacudió la cabeza y comenzó su examen, tratando de concentrarse lo mejor que pudo.

Uno a uno, los estudiantes se levantaban para entregar sus exámenes. Gabriel alzó la mirada para echar un vistazo furtivo a los dos hombres. Castor estaba sentado detrás del escritorio, reclinado con las manos entrelazadas sobre su camisa pulcramente planchada. Era delgado y esbelto, y su cabello estaba peinado hacia atrás de una manera etérea que lo hacía parecer más un modelo que un profesor. Caleb era más robusto y corpulento, con un rostro más angular. Estaba sentado en el borde del escritorio, moviendo casualmente la pierna. Gabriel observó cómo otra estudiante se levantaba para terminar —una de las chicas más atractivas de la clase que siempre llevaba un suéter anunciando su hermandad— entregó su examen a los dos hombres como en un sueño, pestañeando coquetamente y casi tropezando con un pupitre al salir, con los ojos aún fijos en ellos.

Los segundos en el reloj avanzaban, su percusión rítmica casi ensordecedora en el silencio del aula. Los lápices raspaban el papel, las sillas chirriaban contra el suelo mientras más estudiantes terminaban. El corazón de Gabriel seguía acelerado. Quedaba cada vez menos gente. Vio cómo Jack entregaba su examen y se giraba para hacerle un gesto con la cabeza y un pulgar arriba antes de salir del aula.

Gabriel estaba sudando. Miró su examen. Había escrito una respuesta. No había manera de que pudiera terminarlo, no en su estado actual. Cerró los ojos y vio su sueño de nuevo. Se imaginó sus miembros relucientes y se encontró fantaseando con su sabor y olor. Qué tonto había sido... tratar de negar su propia existencia, su razón de ser. Era un cambiante. Ahora era dolorosamente obvio que, sin importar cuánto Gabriel se integrara en la sociedad humana moderna, sin importar cuánto intentara olvidar, no podría ignorar su biología.

—Buena suerte.

Gabriel se sobresaltó sorprendido cuando la voz plateada de Christine interrumpió sus pensamientos. Se enderezó de golpe y miró para ver a Christine de pie junto a él, sonriendo. La observó mientras entregaba su examen y salía del aula.

Gabriel miró alrededor. Christine fue la última en irse. Estaba solo.

Caleb enderezó los exámenes golpeándolos contra el escritorio.

Tac tac tac.

Deslizó los exámenes en un sobre manila y lo colocó sobre el escritorio, luego se levantó y caminó hacia la puerta.

Clic.

Giró el cerrojo de la puerta, cerrándola.

Castor se levantó de su silla y los dos caminaron hacia Gabriel, quien se sentía muy pequeño sentado en su escritorio.

Gabriel respiró profundamente. —Sé por qué están aquí, y estoy listo.

Castor sonrió. —Te hemos estado buscando durante mucho tiempo —dijo.

—Los he visto a ambos, en mis sueños.

—Así es como te encontramos —dijo Caleb.

Gabriel sintió su miembro palpitando contra sus pantalones. Su delicioso aroma lo estaba abrumando ahora. Gabriel se puso de pie. —No quería aceptar que esto me pasaría, pero ahora

que ha sucedido... sé que no puedo resistirme.

—Bien —dijo Castor. Sin previo aviso, extendió su brazo, apartando varios escritorios como si estuvieran hechos de poliestireno. Volaron y se estrellaron contra otros escritorios, despejando un espacio en el centro del aula. Gabriel se sobresaltó momentáneamente y luego sintió una emoción creciente dentro de él al ver esta demostración de poder.

Caleb dio un paso adelante junto a Castor. —De rodillas, *omega* —ordenó. Su voz de repente sonaba más profunda, más áspera, y sus ojos brillaban dorados.

Gabriel obedientemente se puso de rodillas, mirando hacia arriba a los ojos de los dos alfas que se alzaban sobre él.

—Dinos lo que anhelas, *omega* —dijo Caleb.

—Yo... yo-

—¡DINOS! —gritó.

—¡Anhelo su semen! ¡Anhelo sus vergas! —exclamó Gabriel—. ¡Por favor, déjenme tener sus vergas!

Caleb y Castor se desabrocharon los pantalones y los dejaron caer al suelo, y los ojos de Gabriel se abrieron de par en par al ver dos pesadas vergas alfa con nudo liberarse. Estaban completamente erectas, con líquido preseminal brillando en las puntas. Saboreó mirarlas en persona por primera vez; eran más hermosas y deliciosas de lo que habían sido en sus sueños, y se le hacía agua la boca por probarlas. Se acercaron lentamente a su rostro, las monstruosidades palpitantes llegando a centímetros de su boca. Respiró profundamente, inhalando su aroma fuerte y potente.

Gabriel separó sus labios, y como una bestia saltando para matar, Caleb inmediatamente empujó su verga hacia adelante y dentro de la boca de Gabriel. Los ojos de Gabriel se abrieron de golpe, y luego se cerraron con fuerza mientras se formaban lágrimas cuando la gruesa verga de Caleb se empujó hacia su garganta. Abrió los ojos de nuevo y miró hacia arriba a Caleb, y comenzó a chupársela diligentemente. Giró su lengua alrededor del abultado glande de Caleb, saboreando su sabor.

Castor se acercó y Gabriel extendió la mano y tomó su verga, comenzando a masturbarlo mientras chupaba a Caleb. Estaba adorando las vergas de estos dos alfas con su boca y sus manos, asombrado de sentir su calidez y realidad después de haber soñado con ellas durante tanto tiempo.

—Oh, joder, sí —gimió Caleb con la satisfacción de finalmente sentir la boca de su omega alrededor de su verga. La cacería estaba completa. Podía disfrutar de los frutos de su labor. Caleb esperaba que su semilla fuera más potente que la de Castor y que de todas las veces que follaran a Gabriel y lo dejaran embarazado, los cachorros fueran todos de su sangre.

Castor esperaba lo mismo, por supuesto, pero también se deleitaba en estar destinado a aparearse con un omega junto con otro alfa. La idea de atacar en equipo y convertir a este joven omega heterosexual en gay por primera vez lo excitaba casi tanto como el pensamiento de llenarle el vientre de semen.

—Mmff —gimió Gabriel mientras cambiaba, tomando rápidamente la verga de Castor en su boca y moviendo su otra mano para masturbar la verga de Caleb. Continuó mirando hacia arriba a los ojos brillantes de sus alfas, hipnotizado, sin querer nada más que complacerlos.

—Sí, te gusta esa verga, ¿verdad? Te encanta esa verga alfa, ¿eh? —gruñó Castor hacia él—. Las perras humanas matarían por una oportunidad con esta verga alfa, ¿no te sientes afortunado de tenerla?

—Mmhmmff —logró decir Gabriel mientras la metía en su garganta.

—Vamos, Caleb —dijo Castor—. ¿Por qué no montas a nuestro pequeño omega apretado primero? Quiero ver.

—Je, no me lo tienes que decir dos veces —rió Caleb, alejándose del agarre de Gabriel.

Castor se echó hacia atrás, acercó una silla y se sentó, obligando a Gabriel a agacharse aún más sobre sus manos y rodillas para chupar la verga de su alfa.

Caleb se colocó detrás de Gabriel y le rodeó la cintura, desabrochando hábilmente sus vaqueros y bajándoselos junto con la ropa interior. Pasó los dedos por el firme trasero de Gabriel, disfrutando de la sensación de su suave piel. Gabriel se estremeció ante su tacto: los dedos de Caleb eran gruesos y fuertes, el toque pesado de un hombre. Nunca antes un hombre le había tocado así. Su polla colgaba dura y pesada entre sus piernas, anhelando ser tocada, pero los dedos de Caleb la rodeaban, provocándolo, negándose a tocar completamente su miembro.

—¿Qué quieres que te haga, *omega*? —gruñó Caleb—. Dime qué quieres.

Gabriel sacó la polla de Castor de su boca con un húmedo *flpock*.

—Por favor, juega con mi polla —suplicó.

—¿Tu polla? ¿Tu diminuta pollita de omega? —se burló Caleb—. ¿Te refieres a... esto?

Apretó su mano alrededor del miembro duro como una roca de Gabriel, y este gimió de placer, disfrutando del cálido agarre en torno a su vara palpitante. Volvió a bajar la cabeza sobre Castor y se la chupó con aún más vigor.

—Joder, qué bien se siente —gruñó Castor—. Veamos cómo le llenas el culo, Caleb.

—Eso te gustaría, ¿verdad, *omega*? —dijo Caleb. Dio una fuerte palmada en el trasero de Gabriel.

—¡Ah! —gritó Gabriel—. ¡Sí!

Caleb comenzó a acariciar la polla de Gabriel, observando con diversión cómo su ano se contraía y temblaba en respuesta a cada bombeo.

—Sí, estás listo. ¡Listo para esto! —Caleb introdujo dos dedos gruesos en el ano de Gabriel.

—¡J-joder! —gimió Gabriel al sentir los dedos de Caleb golpear contra su próstata. Tuvo que hacer todo lo posible para no correrse allí mismo.

—Suplica por mi polla —ordenó Caleb.

—¡P-por favor, fóllame! —gimió Gabriel—. ¡Córrete dentro de mí!

—Ah... mierda —gruñó Castor—. Fóllatelo, Caleb. Quiero un turno.

—Será mejor que le agradezcas a tu *alfa* —gruñó Caleb—. Quiere que te la meta.

—G-gracias —gimió Gabriel.

Caleb retiró los dedos del ano de Gabriel y balanceó su gruesa polla para tocarle.

—Una cosa más —dijo—. No te has transformado en un tiempo, ¿verdad, Gabriel? Quiero que te salga la cola antes de follarte.

Gabriel no había estado en su forma de lobo durante años desde que se había ido de casa.

—Hazlo —gruñó Castor.

Gabriel cerró los ojos concentrándose. Sintió una tensión sobre su ano, donde estaba el cóccix, y luego un crujido de huesos al expandirse y salir. Le había crecido una cola espesa de pelo blanco.

—Qué hermoso brillo —comentó Caleb, agarrando la cola—. Tu pelaje es tan blanco como lo vi en mis sueños.

Tiró de la cola y embistió hacia adelante, introduciendo su polla anudada profundamente en el canal de Gabriel. Los ojos de Gabriel se abrieron de par en par al sentir ese enorme grosor llenándolo, golpeando en su interior.

—¡Ah! —gimió, solo para que su boca fuera llenada de nuevo por la polla de Castor. Castor observaba atentamente cómo su compañero alfa follaba el culo de Gabriel.

—Qué espectáculo —suspiró Castor contento, pasando los dedos por el pelo de Gabriel.

Gabriel gimió sobre la polla de Castor al sentir el borde del glande de Caleb deslizándose profundamente dentro de él, presionando contra su próstata. Lo quería más profundo y más fuerte, quería sentir su ardiente semen llenándolo.

Caleb continuó follándolo expertamente mientras le masturbaba al mismo tiempo. —Joder, es como si su culo estuviera chupando mi polla —gruñó Caleb—. ¡Joder, qué bien se siente!

Embistió más rápido y más fuerte, tirando firmemente de la cola de Gabriel para controlar las embestidas. El ano de Gabriel se apretaba alrededor de su polla, agarrándola y apretándola como

si intentara succionar el semen directamente de él.

—¡J-joder! —gimió Caleb—. ¡Me voy a correr ya! ¡Argggghh! —Echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido tan fuerte que cualquiera fuera del aula lo habría oído. Gabriel sintió cómo el pene de Caleb se flexionaba y se hinchaba dentro de él, y luego estalló en un torrente de semen caliente en lo profundo de su vientre masculino. Sintió el líquido salir a borbotones, una y otra vez; no podía creer cuánto había.

—Mm, mi turno —gruñó Castor, sacando su pene de la boca de Gabriel. Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

Caleb retiró lentamente su pene del culo de Gabriel después de asegurarse de que todo su semen había sido depositado. Inmediatamente, el espeso exceso de crema blanca burbujeo y se escurrió por los testículos de Gabriel, goteando en el suelo formando un pequeño charco.

—Arriba —ordenó Castor—. Al escritorio.

Gabriel obedeció, levantándose sobre piernas temblorosas. Castor lo llevó al escritorio y, con una fuerza sorprendente, lo levantó rápidamente y lo colocó sobre él. Levantó las piernas de Gabriel, empujando sus rodillas hacia atrás hasta sus hombros, exponiendo su ano tembloroso, aún goteando el semen de Caleb.

Caleb se acercó, sosteniendo su pene aún erecto en la mano, y lo balanceó cerca de la cara de Gabriel.

—Mejor que le des uso a tu boca —dijo.

Castor frotó su pene arriba y abajo por el ano de Gabriel, deleitándose al ver cómo el pene de Gabriel saltaba y se crispaba en reacción.

Gabriel giró la cabeza y abrió la boca para aceptar el pene de Caleb, y Castor agarró sus muslos y luego empujó lentamente su pene dentro de él. Su pene era más grande que el de Caleb y sintió cómo su ano se estiraba aún más mientras se abría paso dentro de él.

Castor aumentó la velocidad, bombeando cada vez más rápido, follando a Gabriel con fuerza sobre el escritorio del profesor. Lo estaba embistiendo tan fuerte que el escritorio comenzó a deslizarse con cada empuje.

—Joder, ese culo está *apretado* —gimió Castor.

—Vamos, chupa esa polla —dijo Caleb, estabilizándose agarrándose al lado del escritorio. Gabriel usó una mano para separar más su culo para Castor, y la otra para agarrar la base del tronco de Caleb.

¡Se sentía tan bien! No podía creer lo bien que se sentía, lo correcto que se sentía estar follando con sus alfas. No era solo placer físico, era una sensación extrema de euforia que ardía dentro de él, como un perro siendo recompensado por su amo por hacer algo bien, o un niño al que sus padres le dicen que están orgullosos de él. Nunca antes había sentido esta sensación tan intensamente.

—¡Fóllame! ¡Fóllame! —gimió Gabriel.

Caleb levantó su pene para permitir que Gabriel le diera placer a sus testículos. Castor apretó sus dedos en los muslos de Gabriel, su rostro bloqueado en una mueca de concentración mientras gotas de sudor caían por su cara. Las patas del escritorio chirriaban contra el suelo con cada embestida, un sonido rítmico y lascivo. Gabriel esperaba a medias que la seguridad o un conserje irrumpieran en la habitación en cualquier momento, pero no le importaba. Movió su mano de separar su nalga y agarró su propio pene y comenzó a masturbarse en sincronización con cada embestida del pene de Castor.

—¡Ughhh joder! —gimió Gabriel, sus ojos volteándose mientras se daba placer. ¡Se iba a correr!

Sintió el orgasmo atravesarlo, sus músculos tensándose mientras su pene se hinchaba y disparaba un chorro de semen que casi tocó el techo. Se corrió más y más, su propio semen espeso disparándose hacia arriba y cayendo sobre su pecho.

—¡Maldita... sea! —gruñó Castor, sintiendo cómo el ano de Gabriel se apretaba alrededor de su pene mientras tenía el orgasmo. Fue suficiente para llevarlo al límite también. Dio una enorme embestida, empujando su pene lo más profundo posible en Gabriel para tratar de desplazar tanto semen de su rival como pudiera. Se dejó ir entonces, liberando una poderosa descarga de semilla potente en Gabriel.

Gabriel estaba abrumado: el orgasmo le hormigueaba por todo el cuerpo y sentía el pene de Castor pulsando dentro de él, depositando más y más esperma caliente.

Definitivamente quedaría embarazado, no había duda al respecto.

Capítulo Cuatro

Los tres se vistieron y ordenaron el aula.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gabriel—. Tendré que volver a casa, ¿verdad?

Caleb se sentó junto a Gabriel y le rodeó con el brazo. —Si quedas embarazado, tendrás que mudarte a una casa comunitaria para tener a los cachorros de forma segura.

Castor se sentó al otro lado de ellos. —Pero no tienes que volver a casa. Tanto Caleb como yo formamos parte de comunidades de hombres lobo que se han integrado en la sociedad humana. Vivimos en ciudades humanas, tenemos trabajos humanos *y* mantenemos la conexión con los nuestros.

—Ven con nosotros —dijo Caleb—. Te mostraremos que es posible tener ambas cosas.

Gabriel miró a sus dos alfas. Ya había tomado su decisión mientras lo estaban follando.

—De acuerdo —dijo—. Mostradme.

Christine y Jack estaban sentados en un banco junto al edificio de ingeniería, esperando a que

Gabriel terminara su examen.

—Está tardando mucho, ¿no? —dijo Christine.

Jack se encogió de hombros. —Tal vez se quedó dormido.

—¡Ay, Dios mío! —chilló una voz. Se oyó un fuerte alboroto de gritos y alaridos. Christine y Jack se giraron para ver de dónde provenía el alboroto.

Las puertas de cristal del edificio de ingeniería se abrieron de golpe y una multitud de estudiantes aterrados salió corriendo. Justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, volvieron a abrirse de golpe, haciendo que el cristal se hiciera añicos por todas partes. Tres lobos gigantescos saltaron desde el interior del edificio.

Christine y Jack se levantaron conmocionados. Los tres lobos pasaron corriendo junto a ellos. Christine los miró asombrada. Uno de los lobos, de un blanco brillante, se volvió para mirarla con unos ojos azul hielo que resplandecían bajo el sol de la tarde.

¿BUSCAS MÁS HISTORIAS ROMÁNTICAS GAY?

¿Buscas más historias románticas gay? Descubre esta novela de Ashe Moon sobre un guardaespaldas y una primera experiencia gay.



Para Tresten Croc, un omega obstinado matriculado en la Escuela de Artes de Combate dominada por alfas, un matrimonio arreglado es probablemente lo peor que podría pasarle, especialmente cuando su futuro esposo no es otro que su rival de clase, el alfa deportista y mujeriego, Loch Luna.

Sus familias necesitan esta alianza para mantener su posición como líderes del clan, así que los dos jóvenes luchadores aceptan casarse a regañadientes. No hay absolutamente ninguna

posibilidad de que realmente se enamoren... entonces, ¿qué harán Tresten y Loch cuando se enteren de que necesitan producir un heredero?

Casado con el Omega *es una ardiente historia mpreg llena de acción y romance gay, ambientada en un nuevo y vibrante mundo de cambiaformas. Es el primer libro de la serie Los Hermanos Luna, y puede leerse como una novela independiente. Presenta: Enemigos a amantes, un matrimonio arreglado, guerreros cambiaformas lobos de alta cuna, una escuela prestigiosa, un ambiente paranormal contemporáneo, mucho calor y un emocionante final feliz.*

Lee el primer capítulo de Corazón de Dragón Congelado



Era condenadamente bueno en lo que hacía. Tenía que serlo, después de todo, había pasado gran parte de mi vida haciéndolo.

Donde la mayoría de los escupe fuego huirían de las montañas nevadas en busca de lugares más cálidos, las cumbres siempre me han brindado confort. Supongo que no fue sorpresa que me estableciera en esta montaña hace unos setenta y cinco años y comenzara a dar tours guiados a los pocos buscadores de emociones que pasaban por aquí. El Monte Peutong estaba fuera del radar turístico, incluso para los humanos, que estaban mucho más interesados en explorar los confines del mundo que nosotros los dragones, pero aun así era hogar de innumerables paisajes hermosos y noches frías que me brindaban el confort que anhelaba como escupe hielo.

—Hace mucho frío aquí arriba, ¿verdad?

Estaba dando un tour de senderismo a una pareja de cambiaformas recién emparejados, un hombre y una mujer probablemente de la mitad de mi edad. Los dos no habían dejado de comentar sobre la temperatura desde que salimos del albergue de Trystal, tanto que me hizo preguntarme qué los había llevado a elegir venir a las montañas en primer lugar.

—Pero a ti probablemente no te importa, ¿eh? —continuó el hombre—. Siendo un dragón de hielo y todo eso.

—Cariño, hace demasiado frío —se quejó la mujer. Llevaba un abrigo caro forrado de piel y otro equipo de exterior extravagante, todo demasiado ostentoso para el tipo de senderismo que estábamos haciendo—. ¿Señor? Eh, ¿Karr, era? ¿Cuándo volveremos al albergue? Me muero por una copa de Krug antes de que nos vayamos de este lugar infernal.

—No se preocupe, señora —dije, mordiéndome la lengua—. Volverán pronto.

En realidad, ni siquiera habíamos completado ni la mitad de la caminata, pero no iba a decir nada. Me desvié del sendero principal, que estaba cubierto por una capa de nieve fresca que cubría el suelo con un manto de polvo blanco, y los conduje por un camino que daba la vuelta y nos llevaba de regreso al albergue. Parecía que todos los dragones que pasaban por el albergue eran como ellos: ricos y mimados, deseando volver a su dinero y comodidades lo más rápido posible. Tantos que venían a hacer las cosas a medias y regresar a casa, diciendo que habían tenido suficiente aventura para toda una vida.

Era exactamente la actitud que me había inspirado a salir y viajar todos esos años atrás, para tratar de encontrar algo que valiera la pena. Había encontrado el Monte Peutong, pero las cosas que había dejado atrás solo seguían persiguiéndome.

—Vaya, esa sí que fue una caminata desafiante —dijo el hombre mientras nos acercábamos al albergue—. Me siento como un verdadero explorador ahora. Puedo ver por qué a ustedes los dragones de hielo les gusta estar aquí.

—Me alegro de que lo haya disfrutado —dije, tratando de no mostrar mi diversión.

—Que nos lleven el champán a nuestra habitación —dijo la esposa, y reprimí mis ganas de encerrarla en un bloque de hielo.

El albergue había estado allí por más de cien años, remodelado y reparado a lo largo de las décadas para mantenerse al día con los estándares modernos. El exterior tenía el aspecto de un

edificio de principios de siglo, todo con paneles de madera y hermosas ventanas de vidrio a cuadros, y el interior estaba lleno de muebles estilo cabaña de pioneros mezclados con comodidades modernas como calefacción central, internet y todo eso.

Trystal, una cambiaformas dragón, había sido propietaria y operado este lugar desde el principio. Era unas décadas mayor que yo, lo que la situaba sólidamente al final de sus años de mediana edad. Era una escupe fuego y, aunque no me gustaba estereotipar, tenía la personalidad robusta de una para hacer juego. Trystal era una querida amiga, la única que realmente podía decir que tenía. Me gustaba bromear con ella y decirle que si no fuera gay, ya la habría hecho mi pareja.

—¿Quién dijo que yo te querría? —siempre bromeaba ella en respuesta.

Abrí la puerta principal del albergue y la pareja se apresuró a entrar, acurrucándose mientras se retiraban a su suite. Me divertía la forma en que la esposa se aferraba al brazo de su marido, temblando exageradamente. La puerta de su habitación se cerró de golpe, y me reí mientras colgaba mi chaqueta en una fila de ganchos en la pared. El interior del albergue era pequeño y acogedor: solo un mostrador de recepción en la entrada, y más allá una gran sala de estar con varios sofás, sillones y mesas frente a una gran chimenea, y los lados de la sala principal estaban bordeados por las entradas a las habitaciones de huéspedes y el área de comedor.

—¿Ya de vuelta? —llamó la voz de Trystal desde el comedor.

Trystal salió, ya sosteniendo una bandeja con una botella de champán Krug en un cubo de hielo.

—Supongo que esos dos pidieron esto —dijo.

—¿Cómo lo adivinaste? —me reí.

Después de haber dejado el champán en la habitación de la pareja recién emparejada, Trystal trajo un par de tazas de té caliente y nos sentamos frente al fuego. Excepto por los dos aventureros encerrados en su habitación, el lugar estaba prácticamente vacío como de costumbre.

—¿Esperas que venga alguien más este fin de semana? —pregunté.

—No. No hay reservas nuevas.

—Qué lástima —dije, recostándome en la silla y dando un sorbo a mi té.

—El tour de hoy no fue muy interesante, ¿eh? —dijo Trystal con una sonrisa cómplice. Se inclinó hacia mí, entrecerrando los ojos con una mirada intensa—. Vamos, Karr, ¿qué estás esperando?

Levanté las manos.

—¿Qué? ¿Qué dije?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Karr. No necesitas decir mucho para que yo sepa que algo pasa. Has estado diferente últimamente.

No iba a discutir con ella, porque sabía que no podía ganar.

—Vale —dije encogiéndome de hombros—. Quizás lo esté. ¿Y qué?

Sonrió.

—Te conozco, Karr. Todavía recuerdo el día que entraste en este lugar, todo joven y entusiasmado. Tenías una mirada en los ojos como si estuvieras buscando algo, y cuanto más tiempo te quedabas en Peutong, menos tenías esa mirada.

—Eso fue al final de mi gran viaje que me cambió la vida —dije, agitando la mano con grandilocuencia—. Me enamoré de este lugar. Había encontrado lo que había salido a buscar.

—O eso creías —dijo, meneando el dedo—. Porque ahora veo esa misma mirada, Karr. Te estás inquietando. Hay algo que quieres que este lugar ya no te está dando.

Fruncí el ceño.

—No sé si es eso. Simplemente estoy cansado de que siempre vengan los mismos tipos. Pensarías que vendría un dragón que realmente quiera una verdadera aventura.

Trystal se recostó en su asiento y me miró mientras bebía su té.

—Sé lo que es —dijo finalmente.

Suspiré.

—De acuerdo, Trystal. Ilumíname.

Sus labios se curvaron detrás de su taza.

—Una pareja.

Me reí.

—¿Estás segura de que no estás proyectando tus propias fantasías en mí, vieja lagartija depravada?

—Claro que no. A diferencia de ti, yo sí he tenido algo de acción en los últimos setenta años.

Ay. Eso me pilló desprevenido. Abrí la boca para replicar pero no se me ocurrió nada que decir, y me encontré abriendo y cerrando la boca como un pez. Me rendí y fruncí el ceño.

Trystal se rio y se dio una palmada en la pierna.

—Puedo leerlo directamente en tu cara.

—Fue una elección, Trystal —dije—. Empecé mis viajes sabiendo, no, *queriendo* evitar lo típico que los dragones parecían buscar siempre a esa edad. No quería convertirme en... —señalé con el pulgar hacia la puerta de los recién emparejados—. En eso.

¿Cuál era el punto?, pensaba entonces. No me interesaba la riqueza, y al crecer como un dragón de hielo siempre me veían como una rareza. La mayoría de los de mi especie vivían en el lejano norte, y no muchos dragones de fuego habían conocido a un dragón de hielo antes. Siempre había estado solo en la escuela: los dragones de fuego pensaban que era anormal y los humanos recelaban de los dragones, punto. No es que me molestara. Los de hielo típicamente éramos del tipo solitario de todos modos.

—No me digas que nunca lo has pensado. En toda tu vida, ¿nunca has querido a alguien?

Me encogí de hombros.

—He tenido todo lo que quería aquí, explorando la montaña.

—¿No te sientes solo?

—¿Solo? Qué va. Después de todo, nos tenemos el uno al otro. —Bromeé, pero las palabras de Trystal me habían hecho pensar. Tenía razón, últimamente las cosas se habían estado sintiendo extrañas y no podía precisar por qué. Había asumido que era algo pasajero.

¿Una pareja, eh? La idea de que estuviera en celo por una pareja no estaba fuera de cuestión...

Trystal negó con la cabeza.

—Puede que nunca haya tomado una pareja de por vida, pero seguro que nunca intenté luchar contra la lujuria. Quiero decir, eso es parte de ser un dragón. Creo que nunca entenderé cómo pudiste hacerlo. ¿De verdad no puedes decirme que no tienes interés en acostarte con alguien?

—Honestamente, Trystal, es algo en lo que no he pensado mucho.

—¿Nunca? ¿Qué tipo de chicos te gustan?

Me froté la barbilla.

—Dios, Trystal. No lo sé.

La concentración en otras cosas que consideraba más importantes había ocupado mi tiempo durante todos estos años pasados. Me esforcé por pensar en los días antes de venir aquí, cuando salía con gente. Atléticos, capaces de mantenerse firmes incluso siendo omegas. Abdominales duros, un trasero firme. No lo sé. Era un dragón de hielo. Nunca fui realmente material para citas.

—Eres un tipo extraño, Karr. —Algo llamó su atención, y miró por encima de mi hombro hacia la puerta principal del albergue, frunciendo el ceño—. Vaya. Creo que hay alguien afuera.

—¿No dijiste que no había reservas para hoy?

—No había —dijo ella mientras se levantaba. La puerta principal se abrió de golpe, y me giré para ver quién era el nuevo desconocido que llegaba sin anunciarse. Era un joven, probablemente de la misma edad que la pareja a la que había llevado de excursión hoy. Llevaba una chaqueta de plumas desgastada con la capucha puesta, pantalones de senderismo gastados y una gran mochila de camping. Unas gafas de sol deportivas le cubrían los ojos. Por la forma en que su aliento caliente formaba un denso vapor en el aire fresco, tuve que suponer que era un dragón, un lanzallamas.

—Bienvenido, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Trystal.

El hombre se bajó la capucha de su abrigo y una ola de cabello castaño le cayó sobre la frente. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo, y le sonrió a Trystal. —Por favor, díganme que tienen algunas habitaciones disponibles.

Observé al recién llegado mientras Trystal lo registraba. Era atlético y bien formado, con una postura confiada, y pude percibir algo más: era un *omega*. Hacía tiempo que no pasaban omegas por aquí.

Maldición.

¿Era por el interrogatorio de Trystal que me encontraba examinando a este omega? ¿O era algo más?

Era solo otro lanzallamas de paso. Nada en lo que pensar demasiado. Me di la vuelta y tomé mi té, que ya se había enfriado. Me lo bebí de un trago y luego me levanté para ir a mi cabaña, que estaba a poca distancia del albergue.

—Gracias por el té y la conversación —le dije a Trystal, que estaba dándole las llaves al nuevo chico.

—Espera un segundo, Karr —me llamó—. Ven aquí un momento. Conoce a Levy Greenberg. Se va a quedar unos días.

¡Sigue leyendo aquí!

Estoy traduciendo gradualmente todo mi catálogo de lecturas cortas de romance erótico al francés. ¡Por favor, suscríbete a mi lista de correo para recibir actualizaciones! Si has comprado una copia de este libro, también recibirás gratuitamente todas las actualizaciones de la traducción. Estas actualizaciones se entregarán automáticamente a tu dispositivo, y te enviaré un correo electrónico a través de mi lista de difusión.



Also by Canis Blackfang



